



VOL: AÑO 8, NUMERO 21

FECHA: ENERO-ABRIL 1993

TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS

TITULO: **Leyendo la identidad nacional en el discurso de Octavio Paz**

AUTOR: *Estela Serret* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

La ensayística política de Octavio Paz es analizada en este texto como discurso donde puede leerse lo que la identidad nacional, en una de sus facetas, dice sobre sí misma. Así, la revisión sintomática de la obra de Paz no es pensada como fuente de explicación sino, ella misma, como la puesta en discurso de una autopercepción colectiva que forma parte del conjunto imaginario heterogéneo, articulado en torno del referente simbólico de la nación, al que llamamos "identidad nacional".

ABSTRACT:

Reading on National Identity in Octavio Paz' Essay.

Octavio Paz's essay on politics is analyzed to see what national identity says on itself. The analysis of this work does not have the intention of an explanation. It is a collective self-perception, part of an imaginary similar group. It evolves around what we call "national identity".

TEXTO

Introducción

Los procesos de construcción de identidades colectivas constituyen un tema polémico que cobra importancia creciente en el debate actual de las ciencias sociales. Esto se debe en parte a lo que en fechas recientes se ha planteado como la "crisis de la modernidad", con el consecuente derrumbe de utopías y certezas que constituyeron el eje del pensamiento ilustrado y de los proyectos político-sociales asociados a él.

La sustitución de las identidades de grandes grupos creadas a partir de los modernos proyectos nacionalistas que propiciaron la construcción de Estados nacionales, por la proliferación de identidades pulverizadas que tienen como referente ya no a la idea de nación en el sentido antes aludido, sino de etnia [1] -principalmente-, ha suscitado interesantes polémicas en torno al problema de cómo se construyen las identidades grupales, lo cual remite evidentemente a la preocupación por explicar qué pasa con esa reconfiguración de los agrupamientos.

Esta problemática general afecta también, aunque sus manifestaciones no sean idénticas, al caso mexicano. Efectivamente, desde los más diversos espacios de reflexión parece constatar la idea de que la identidad nacional en México está en crisis, se desarticula y/o atraviesa por un proceso de transformación. Esta percepción parece generalizarse

aunque no se ubique con claridad hacia dónde apuntan las tendencias de cambio, y existe también cierta coincidencia en pensar que los cambios obedecen a la sustitución del llamado proyecto del nacionalismo revolucionario por el de la modernización, en sus vertientes económicas, políticas y/o sociales.

Al tomar parte en este debate sostendremos que en la construcción de la identidad nacional tiene un papel decisivo la "nación" como referente simbólico; las transformaciones sociales expresadas en y producidas por el proyecto modernizador implican también que ese referente se transforme, por lo pronto, en un símbolo débil cuyos contenidos parecen tornarse francamente ambiguos.

Tal ambigüedad no permite por ahora pensar con claridad sus tendencias de resolución; para intentarlo hemos elegido ubicar con alguna precisión cómo podemos explicar lo que llamaremos la identidad nacional "tradicional" en función del referente tradicional de nación, explorando la vía de "hacer hablar" por medio de sus expresiones más eficaces a este colectivo imaginario y "leer" en su discurso las tramas de su construcción.

El presente trabajo es un primer esfuerzo emprendido en esta dirección.

I

El poeta Octavio Paz tiene una profusa producción en el campo del ensayo político, y las preocupaciones fundamentales que motivan su reflexión en este terreno giran en torno al problema de la identidad nacional.

En efecto, para Paz el preguntarse por nuestro ser como mexicanos es hacerlo por los rasgos que habremos de adoptar como nación en la búsqueda de un perfil definitorio que logre superar lo que, a su juicio, ha sido una ya larga historia de ambigüedad y engaños en lo que respecta al rostro que nos debiera identificar. Inquirir ¿qué somos los mexicanos? es también preguntar ¿a dónde va México?; o, en otras palabras, qué tipo de rasgos debemos defender como peculiares de la mexicanidad en la construcción del país que más nos convenga.

Como trataremos de ver más adelante, definir el problema de la identidad nacional en términos similares a los arriba esbozados nos habla ya de una lógica particular cuyas implicaciones y supuestos han llevado a diversos estudiosos a ubicar a Paz como parte de una corriente de explicación de la realidad nacional que podríamos llamar de filosofía política "psicologizante", es decir, que pretende inferir explicaciones sobre la realidad sociopolítica a partir del análisis de lo que sus exponentes llaman "la psicología de el mexicano". Nuestro objetivo en este escrito es doble. En primer lugar, queremos analizar los supuestos (de dónde provienen, a qué tipo de lógica de pensamiento remiten) y las preocupaciones fundamentales del pensamiento político de Paz, no con el fin de atenarnos a su concepción de la identidad nacional, sino más bien tratando de observar cómo su razonamiento es sintomático de una de las corrientes discursivas (político-valorativas) que han contribuido a configurar la identidad nacional del México contemporáneo.

En segundo término, queremos señalar -y no más que eso- cómo la manera en que Octavio Paz construye su discurso puede decirnos mucho sobre una forma particular de teorizar los fenómenos políticos sumamente sugerente, a pesar de que no es un efecto deseado por el autor, quien, a nuestro juicio, ni siquiera utiliza esta forma discursiva de manera explícita para obtener los resultados explicativos que nosotros derivamos, sino que lo hace simplemente porque aplica el estilo metafórico propio de su formación literaria.

Procederemos pues a reseñar brevemente las tesis del autor que consideramos fundamentales para nuestro propósito y realizaremos acto seguido una lectura sintomática de ellas. [2]

II

Como antes dijimos, la pregunta que formula Octavio Paz por la identidad nacional es, en el fondo, una pregunta ontológica que se manifiesta inquiriendo por el ser de los mexicanos.

Planteadas así las cosas, pudiera parecer que el principio lógico integrador del pensamiento de Paz (al cual, como señalamos más arriba, se ha calificado incluso de psicologista) es similar al que evidencia la obra de Samuel Ramos (1983), caracterizado por atribuir a las singularidades psicológicas de un individuo el estatus de concepto explicativo de lo social. En efecto, en la obra de Ramos se pretende definir lo nacional desde la descripción de las características psicológicas de "el mexicano" que, apoyadas en una particular lectura de los supuestos efectos que sobre la psicología colectiva habrían tenido los principales acontecimientos de nuestra historia (interpretados desde una visión muy particular), sirven al autor para realizar lo que a su juicio sería la "radiografía" de lo mexicano así como para proporcionar su propuesta filosófico-política de transformación social.

Ciertamente, coincidimos en que la obra de Octavio Paz es deudora de esta lógica, pero también pensamos que rebasa con mucho sus limitaciones más evidentes. El ontologismo de Paz no llega a los extremos reduccionistas del psicologismo de Ramos, en primer lugar porque desde el principio está pensando en el ser social, y después, porque su análisis histórico (en el que finalmente se sustentan sus tesis sobre el carácter de lo nacional), aunque influido por el punto de vista de aquel autor, logra trascender el esquematismo poco embozado en las tesis rectoras de *El perfil del hombre y la cultura en México*.

Por otro lado, aunque la deuda de Paz con Ramos no nos autorice a pensar que el primero se limita a repetir el recorrido intelectual del segundo, podemos afirmar que la influencia del filósofo sobre el poeta se deja percibir en tres elementos decisivos para el análisis político de este último:) Una lógica que hace atribuir propiedades de la personalidad a la identidad nacional (con el matiz señalado arriba: Ramos define psicológicamente al individuo y traslada este carácter a la sociedad entera, mientras que Paz caracteriza psicológicamente a lo social). 2) Obviamente relacionada con esta concepción, se muestra evidente la presencia de un supuesto esencialista que hace suponer la existencia de un hombre universal sustancialmente idéntico a sí mismo, que sería afectado de diversas maneras (deformado, engañado, ocultado) por los procesos sociopolíticos e históricos. Así, en ambos autores la propuesta filosófico-política se apoya en la necesidad de "quitar" los obstáculos existentes entre el hombre y su verdadera esencia, y es este supuesto el que explica todas las tesis sobre el ocultamiento, la necesidad del hombre de descubrirse a sí mismo, las máscaras detrás de las cuales el mexicano se oculta, por defensa y por temor -a sí mismo y a los demás-, etc. 3) Por último, al igual que en Ramos, en Paz no encontramos un análisis realmente explicativo de la realidad política, sino más bien la elaboración de una serie de tesis de carácter "impresionista" que dan cuenta de una cierta percepción valorativa de la realidad política mexicana. Esto en Ramos ha sido calificado por muchos estudiosos como la producción de una "filosofía de lo mexicano"; no es este el espacio para discutirlo, pero creemos que la obra de Octavio Paz, si bien entraña una filosofía política, no puede ser calificada propiamente como una filosofía, en tanto que sus tesis encuentran una conexión difícil, son frecuentemente contradictorias, si no incompatibles, y han sido motivadas en el autor

por las más diversas teorías -científicas, filosóficas y literarias- que a menudo están apoyadas en supuestos irreconciliables.

A pesar de que estas consideraciones parecieran querer decir lo contrario, no es el objetivo del presente trabajo descalificar como improductiva para el análisis político la obra de Paz. En contraste, creemos que su lectura es particularmente valiosa, aunque seguramente no en el sentido en que el propio autor considera que son útiles sus aportaciones. Pretendemos, por supuesto, explicar cuáles son nuestros argumentos para reivindicar la productividad de su obra dentro del análisis político, pero para poder hacerlo requerimos primero destacar cuáles son sus tesis fundamentales sobre el problema de la identidad nacional y, aproximadamente, qué proceso sigue su razonamiento para llegar a construirlas. Esperamos, a partir de ahí, justificar nuestra propuesta de una lectura sintomática de su discurso y de una recuperación de ciertos aspectos implícitos en la forma de aproximarse a la comprensión de lo político que nos parecen sugerentes para analizar aquellos fenómenos políticos en cuya constitución están claramente involucradas las dimensiones simbólica y subjetiva de lo social.

III

Así como en las interpretaciones de Samuel Ramos podemos destacar el papel que desempeña su idea de "el complejo de inferioridad del mexicano" como hilo conductor del pensamiento, creemos que Paz estructura su concepción sobre la ontología de lo nacional valiéndose de una categoría organizadora: la "dialéctica de la soledad".

En efecto, el autor encuentra que, dada la dificultad de hacer una definición positiva de la identidad nacional debido a la heterogeneidad y la contradictoriedad de nuestras manifestaciones, la mejor forma de describir lo que es el mexicano en nuestros días, y de explicar por qué ha devenido así, es rescatando aquel rasgo de nuestra personalidad social que sintetiza, a la vez que hace comprensibles, nuestras múltiples paradojas y, al hacerlo, arroja luz sobre nuestros enigmas: la soledad.

Al definir a México por su soledad, Paz quiere mostrarnos que es indefinible, que su identidad no es tal porque no se identifica realmente con nada, porque no hay ninguna coherencia entre sus diferentes rasgos, porque su rostro no es sino una máscara detrás de la cual está el vacío.

A fin de cuentas, este ser definido por la soledad es un no-ser, es un ser búsqueda de sí mismo, autodesconocimiento, autonegación, autoengaño.

...la mexicanidad no se puede identificar con ninguna forma o tendencia histórica concreta: es una oscilación entre varios proyectos universales, sucesivamente trasplantados o impuestos y todos hoy inservibles. La mexicanidad, así, es una manera de no ser nosotros mismos, una reiterada manera de ser y vivir otra cosa (Paz, 1973: 151).

Pero, ¿cómo ha llegado a producirse este desencuentro? Ha sido desencadenado por la Conquista y enfatizado por la Independencia. Esto quiere decir que el mundo indígena, primitiva definición de lo mexicano, fue brutalmente desorganizado -no integrado, no transformado, sino negado y atacado- por la Conquista española.

Así pues, no existe -en forma integral, como proceso generador de una nueva cultura- un verdadero sincretismo en el encuentro entre el mundo indígena y el español; no se produce, en términos estrictos, un mestizaje cultural.

Lejos de ello, los habitantes de la Nueva España se dividen desde el primer momento en vencedores y vencidos, y esta distinción atraviesa por diferencias profundas de concepción del mundo. La cosmovisión española se impone a los nativos, pero, al mismo tiempo, se les ofrece como el mundo de los conquistadores -sin contar con que su falta de creatividad y su carácter reaccionario difícilmente le permitían fungir como un sustituto adecuado de la cosmovisión indígena, cuya riqueza no fue asimilada por los españoles.

Este divorcio que hace sentir al indio primero y luego al mestizo como resultado de una violenta negación de su identidad primitiva que no es remplazada por una nueva, se hace extensiva en la Colonia al sector criollo, pues a pesar de que las raíces de sus integrantes son claramente europeas, se ven despojados también de una identidad precisa al ser distinguidos desigualmente de los españoles por la sociedad novohispana.

Por ello, la revolución de Independencia es vista como el primer intento de definir una identidad nacional que quiere fundarse en la ruptura con todo lo que significaba la metrópoli.

Sin embargo, el problema estriba en que, durante el período que media entre la Conquista y la Independencia, no se ha procesado ninguna tradición que en positivo dé coherencia al proyecto de reivindicación de una cultura "mexicana" que pueda enfrentarse a la española; los conquistadores destruyeron sin construir, y donde hubo asimilación de culturas se produjo fragmentariamente y con referentes aislados. Frente a cualquier posibilidad de asimilación-construcción cultural, se alzaba en indios, mestizos e incluso criollos la conciencia de haber sido arrebatados de un pasado glorioso donde los ahora dominados dominaban y cuyos rasgos definitorios, claramente establecidos, eran muy distintos de los españoles.

Esta conciencia, en fin, es la del vencido, del vejado, del humillado. El México que nace con la Conquista es producto de una herida que no sana posteriormente porque no existe el bálsamo de una efectiva integración; no se hace partícipes a los conquistados de la cultura vencedora. Negado en su ser, macerado el rostro, México es pura ambigüedad y se avergüenza de su indefinición. Su rasgo más notorio es la humillación de que ha sido objeto y que no tiene forma de revertir. Por ello,

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa (...) todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación (Paz, 1973: 26).

En esta lógica, la Independencia es pensada por Paz como el primer intento emprendido, por eso que llamamos la sociedad mexicana, de crearse una imagen propia. El paso inicial, ya se dijo, fue la ruptura con España, pero, otra vez, sólo en términos negativos podría propiciar el redefinimiento de una identidad nacional. Y, a pesar de que pudiera pensarse lo contrario, tampoco se plantea la recuperación del pasado indígena porque aparece como una cultura vejada; reconocernos en ella sería reconocer que hemos sido los "violados", los perdedores. El mexicano no quiere ser ni indio ni español, no quiere descender de ellos, los niega y no se afirma como mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada. El empieza en sí mismo (Paz, 1973: 78-79).

El proyecto de integración nacional de la Independencia se ve, pues, forzado a buscar en otras partes los elementos que habrán de darle forma, y así vuelve sus ojos al programa de la Ilustración. Esta es, según Paz, nuestra primer gran mentira. Y lo es porque en ninguna de nuestras raíces y tradiciones pueden encontrarse los principios fundantes de ese proyecto, esto es, la razón, la igualdad, la libertad.

Son concepciones, formas de vida, que no tienen posibilidad de engancharse con las cosmovisiones indígena y española; esto es, en el siglo XIX no teníamos referente alguno para hacer nuestra la definición que podía ofrecernos una visión ilustradora. Por lo demás, la Ilustración es un proyecto que responde a realidades sociales económicas y políticas muy específicas que no existen en México (ni siquiera podía hablarse propiamente de la presencia de una burguesía en ascenso):

La ideología liberal y democrática, lejos de expresar nuestra situación histórica concreta, la ocultaba. La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza zonas muy profundas de nuestro ser (Paz, 1973: 111).

Según el autor, en este mismo proceso el proyecto de la Reforma no tiene éxito porque sustituye valores universales, como los que se derivan de la religión, por valores "abstractos" (igualdad, libertad) que no responden a una realidad histórica concreta. Tampoco el positivismo, que se presenta como la ideología oficial de un régimen cuyas bases -semifeudales- son claramente contradictorias con la doctrina en que dice sustentarse.

En este sentido, según el autor la Revolución marca un hito en la historia de nuestro intento por definirnos como nación, porque pone al descubierto nuestras dolencias; la mentira de los discursos oficiales que quieren vendernos una imagen falsa de nosotros mismos; nuestro carácter violento y contradictorio; el peso de nuestra soledad.

En este punto nos permitiremos, antes de tratar más detenidamente algunas reflexiones de Paz sobre el proceso revolucionario, hacer notar ciertas implicaciones interesantes de lo expuesto hasta ahora.

Consideramos particularmente significativo el que, en algunos puntos fundamentales de la concepción que defiende el autor sobre la identidad nacional, se distancie radicalmente de otros pensadores de "lo mexicano" que sin duda pueden considerarse antecedentes e incluso fuentes de su obra; nos referimos básicamente al papel que desempeña el concepto de mestizaje en la explicación y la propuesta de la identidad nacional.

En efecto, a diferencia de autores como Justo Sierra, Ramos, Vasconcelos, Molina Enríquez, Zea y otros, Paz no encuentra que el mestizo sea el símbolo ni la promesa de la nación, y, también al contrario de ellos, atribuye una importancia decisiva a la parte indígena de México en el intento por trazar su diagnóstico y su prospectiva:

Los indios son el hueso de México; su realidad primera y última. (...) Lo indio impregna no sólo la religión popular de México sino la vida entera de los mexicanos: la familia, el amor, la amistad, las actitudes ante el padre y la madre, las leyendas populares, las formas de cortesía y convivencia, la cocina, la imagen de la autoridad y el poder político, la visión de la muerte y el sexo, el trabajo y la fiesta (...) México es el país más español de América Latina; al mismo tiempo es el más indio (Paz, 1985: 145).

Cuando habla de la importancia del zapatismo -y aquí reanudamos nuestro análisis sobre las consideraciones del autor respecto a la Revolución Mexicana-, señala que ésta radica en que fue el primer movimiento social que verdaderamente contribuyó a construir para México un rostro propio porque -y esto es lo interesante- propone volver a las raíces prehispánicas y desde ellas delinear los fundamentos de nuestro sistema económico, político y social:

El movimiento zapatista tiende a rectificar la historia de México y el sentido mismo de la nación, que ya no será el proyecto histórico del liberalismo. México no se concibe como un futuro que realizar, sino como un regreso a los orígenes. (...) El radicalismo de la Revolución Mexicana consiste en su originalidad, esto es, en volver a nuestra raíz, único fundamento de nuestras instituciones. Al hacer del calpulli el elemento básico de nuestra organización económica y social, el zapatismo no sólo rescataba la parte válida de la tradición colonial, sino que afirmaba que toda construcción política de veras fecunda debería partir de la porción más antigua, estable y duradera de nuestra nación: el pasado indígena (Paz, 1973: 130).

Como puede verse, el autor no sólo niega que el mestizaje racial haya logrado producir un verdadero mestizaje cultural; además afirma que los valores indígenas siguen siendo los únicos válidos y positivos para la construcción de la identidad nacional. Esto desde luego es frontalmente contradictorio con la visión antiindigenista y pro mestiza de los otros autores mencionados.

La profunda valoración positiva que hace Paz del mundo indígena genera una de las tensiones conceptuales más evidentes de su obra cuando se trata de relacionarlo con el concepto de modernidad.

Contrariamente a lo que podría pensarse, en sus textos de análisis político el autor critica severamente los intentos de modernización emprendidos en diversos momentos de nuestra historia, precisamente por pensar que responden a una imposición artificial de modelos importados que no tienen posibilidades de fructificar en México. Nuestra sociedad no puede fundarse en la imposición de los principios modernos porque ambos son esencialmente diferentes y "La historia contemporánea invalida la creencia en el hombre como una criatura capaz de ser modificada esencialmente por estos o aquellos instrumentos pedagógicos o sociales" (Paz, 1973: 26).

Con esto parece decir que no hay en nuestra esencia nada que nos permita identificarnos con la modernidad (a la cual, por lo demás, nunca define), y sin embargo, cuando pasa de hacer una revisión de las causas históricas de la peculiar construcción de nuestra identidad al diagnóstico de lo que somos actualmente en función de lo que seremos, reintroduce la pertinencia de la modernidad en la perfilación del rostro que hemos de tener. Lo más curioso es que para pensar esta entrada a la modernidad como objetivo deseable de nuestro futuro plantea una nueva paradoja: la llave para construir el México moderno cuyo principio debe ser romper con todos nuestros particularismos por lo que implican de doloroso y de impedimento para instalarnos en la nueva realidad mundial, que reclama culturas universales, esta llave decíamos, la proporciona nada menos que el tradicionalista zapatismo, el cual, al regresar a la tradición indígena, "abre la puerta al México contemporáneo" (Paz, 1973: 128). Y, así, resulta que

Por encima de logros y fracasos, el México contemporáneo se enfrenta a la misma pregunta que desde fines del siglo XVIII no han cesado de hacerse los mexicanos más lúcidos: la pregunta sobre la modernización. (...) México tiene que encontrar su propio camino hacia la modernidad porque ha tropezado imitando a otros. (...) Nuestro pasado no debe ser un obstáculo, sino un punto de partida. Esto es difícilísimo dada la índole de nuestra tradición: difícil pero no imposible (Paz, 1985: 156).

Esta repentina apuesta por la modernidad rompe con toda la coherencia del discurso. Antes se la tachó de artificial, se dijo que en nuestra esencia no había nada que correspondiese a ella, se reivindicó un proyecto nacional (el revolucionario) fundado en la vuelta al pasado indígena... y de pronto, sin aportar una argumentación lo suficientemente sólida, se afirma que la única salida positiva para México, lo único que podrá permitirnos

construir una identidad nacional en positivo, es la anulación de nuestros valores particulares y nuestro pleno ingreso en la modernización: "Una filosofía mexicana tendrá que enfrentar la ambigüedad de nuestra tradición y de nuestra voluntad misma de ser, que si exige una plena originalidad nacional no se satisface con algo que no implique una solución universal" (!) (Paz, 1973: 151). Nuestro autor decide mantener en el enigma la solución del problema de cómo lograr ser a la vez universales y particulares en lo que a definición nacional se refiere, y, por lo demás, tampoco aclara qué justifica la necesidad de esa demanda.

IV

Procuraremos ahora abordar el planteamiento que intenta hacer Paz del nacionalismo mexicano.

Nacionalismo es un término que evoca en nosotros al menos dos órdenes de ideas. Podemos definir con él un proyecto político que busca conquistar hegemonía, de corte integrador, referido a fronteras específicas y que suele presentarse como defensor de una idea de pertenencia frente a un "otro" ubicado como amenazante. También, y esto es algo más que un matiz, solemos asociar la idea de nacionalismo con la construcción de una identidad nacional.

Desde luego, ambas nociones están emparentadas; no hay proyecto político nacionalista que pueda ser exitoso si no logra construir una identidad nacional, pero nos parece que la distinción es útil porque ayuda a deslindar las diferencias doctrinarias entre el tipo de identidad que se propone desde el proyecto hegemónico y las identidades que tratan de implantarse desde otros proyectos. Además, porque nos posibilita pensar la identidad nacional como un problema, como un constructo en el cual se juegan opciones y posturas políticas, y no como un carácter inmanente.

Intentaremos dar voz a una pequeña parte de ese relato en Octavio Paz, la que se refiere precisamente al nacionalismo, no como "discurso del poder" (según lo llamaría él), sino como la visión que tendría la sociedad -que habla a través del poeta- de lo que ella misma imagina como ese discurso hegemónico que quiere "vendernos" una identidad, y su propuesta alterna de identidad nacional.

Entendámonos; no pretendemos sostener conceptualmente una noción del poder -o de la nación o de la sociedad- como la que se evidencia en los párrafos anteriores (un poder exterior, corruptor e inteligente); ella forma parte de ese discurso al que quisiéramos escuchar expresarse con sus propios términos, hablar desde su singular lógica y, quizá en un momento posterior, explicar por qué se ha construido así y qué tendencias probables se perfilan desde su estructura.

En este sentido, podemos decir que la obra entera de Paz, poética y ensayística, está atravesada por temas recurrentes que expresan algunas obsesiones estratégicas: las máscaras que esconden una esencia inexistente; el lenguaje que recrea la realidad; la realidad que trasciende, al significarse, el relativismo del lenguaje; la libertad y la crítica frente al poder; el papel del mito en la construcción de la historia; el papel de las imágenes en el fingimiento de una identidad...

Las obsesiones son muchas y complejas. También son ilustrativas. No tenemos más remedio, por ahora, que limitarnos a escucharlas parcialmente en lo que tienen que decir sobre el nacionalismo. Y, lamentando que esta selección sea aún más limitativa, nos hemos centrado en dos de los ejes en torno de los cuales Paz modela su idea de la

identidad nacional: el mito y las imágenes. Esta selección se debe a que ambos temas articulan las más importantes ideas que el autor elabora sobre nuestro problema.

Una aclaración más: Clifford Geertz, en un ensayo sobre el nacionalismo en los que él denomina "nuevos Estados", caracteriza tanto las paradojas del proceso que sigue la construcción de estas naciones como las fases por las que atraviesa (Geertz, 1989: 203-218). Creemos que en el caso de México podemos encontrar similitudes muy grandes con este paradigma. También pensamos que algunas de las referencias de Paz a los dos elementos del nacionalismo que mencionamos arriba pueden fácilmente interpretarse desde la perspectiva analítica propuesta por Geertz, y por ello, aun cuando no recurramos explícitamente a ella, está sosteniendo en parte la lectura que hacemos del nacionalismo en Paz.

A. El mito

Como es sabido, desde la publicación de *El laberinto de la soledad* Paz muestra una preocupación fundante por la identidad del mexicano. [3] Como mencionábamos al comienzo del trabajo, su relato fluctúa entre una filosofía frustrada y una psicología social, sin llegar realmente a ser ninguna de las dos.

Habiéndose el poeta percatado, seguramente, de estas tendencias inherentes a su texto, escribe años después que *El laberinto*

...fue un ejercicio de la imaginación crítica: una visión y, simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser. El mexicano no es una esencia sino una historia. Ni ontología ni psicología (Paz, 1981: 10).

Octavio Paz se debate contra lo que seduce a su discurso: no quiere que sea psicologista ni ontologista, y no lo es del todo en tanto que su deseo en contra introduce una tensión en él, pero, como expresión de subjetividad (social), no puede dejar de serlo en parte. [4]

En efecto, inmediatamente después de haberse deslindado de ontología, psicología y filosofía, el poeta afirma:

A mí me intrigaba (me intriga) no tanto el "carácter nacional" como lo que oculta ese carácter: aquello que está detrás de la máscara.(...) Como los nombres, los pronombres son máscaras y detrás de ellos no hay nadie, salvo, quizá, un nosotros instantáneo que es el parpadeo de un ellos igualmente fugaz (Paz, 1981: 10-11).

Esto es, en la lucha contra un discurso -el propio- que resulte en la búsqueda de una esencia, no elude los conceptos sustancialistas -más- cara, ocultamiento, engaño- sino que da un rodeo y afirma que detrás de ellos no se oculta nada.

Con este recurso, si bien no logra eludir lo que quiere, sí consigue trazar con imágenes más fuertes y más sugerentes el discurso de la identidad nacional:

Pero mientras vivimos no podemos escapar ni de las máscaras ni de los nombres y pronombres: somos inseparables de nuestras ficciones -nuestras facciones-. Estamos condenados a inventarnos una máscara y, después, a descubrir que esa máscara es nuestro verdadero rostro (Paz, 1981: 11).

Es decir, se vuelve imperativo interrogar "nuestras ficciones" para comprender qué tipo de máscara "nos hemos inventado" y descubrir así nuestro rostro verdadero. La identidad y

la ficción se vuelven pareja inseparable. Por ello Paz, quien dice tener una visión crítica de la historia, en realidad busca tras de la historia el mito; lo mítico -la ficción- resignifica la historia y construye nuestro rostro -nuestra máscara.

Desde El laberinto el pasado azteca, un pasado míticamente reconstruido, aparece como definitorio de la identidad. Nuestro rostro y nuestro carácter serían expresión de una herida originaria causada por la conquista, que nos deja la conciencia de ser los vencidos, los humillados. Creamos una máscara para evitar sufrir y aceptar la humillación de saber que tuvimos un pasado glorioso y que fuimos vergonzosamente derrotados (Paz, 1973).

Curioso; pareciera que el "nosotros" sigue siendo el indio conquistado. No el mestizo, que culturalmente no existe según Paz, sino el indígena a quien, a base de vejaciones que lo marcan, se le ha obligado a incorporar a su vida estilos hispanoárabes, en una mezcla que pervierte tanto su identidad originaria como la posibilidad de construirse una nueva identidad en positivo; toda su afirmación es negación; todo su ser, ocultamiento.

Una primera expresión de la relación entre mito e identidad nacional es pues, ésta: la herida que nos funda nos regala nuestro rostro ficticio. Su segunda manifestación se revela en la visión paciana del mundo prehispánico, particularmente del azteca. Su simbología, su cosmogonía, sus rituales, habrían dejado huella indeleble en lo que nos constituye como nación; nuestra idea del poder, del destino, del ser individual, sería irremediable herencia del mundo azteca, el cual pareciera estar fatalmente inscrito hasta en nuestra geografía:

La geografía de México tiende a la forma piramidal, como si existiese una relación secreta pero evidente entre el espacio natural y la geometría simbólica y entre ésta y lo que he llamado nuestra historia invisible. Arquetipo arcaico del mundo, metáfora geométrica del cosmos, la pirámide mesoamericana culmina en un espacio magnético: la plataforma-santuario es el eje del universo (Paz, 1981: 117).

Lo que representa simbólicamente la pirámide como organización vertical, sacralización de la jerarquía y "plataforma-santuario", presencia del ritual religioso, del sacrificio humano, son los puntales del mundo azteca resignificado míticamente y, en esa medida, constructor de nuestra identidad.

Paz reflexiona sobre el hecho -es decir, lo que él toma como "hecho"- de que lo azteca haya logrado ejercer tan profundo dominio sobre los conquistadores como la tuvo sobre los pueblos que antes subordinó, aunque en el primer caso sea simbólico. En su opinión, este influjo se demuestra en primer lugar cuando se observa que, de modo casi excepcional, en el caso de nuestro país, es la capital la que le ha dado su nombre a la nación entera, y no es casual tampoco que el conquistador decidiese establecer la capital en el centro de la dominación azteca.

A pesar de que la conquista española destruyó el mundo indígena y construyó sobre sus restos otro distinto, entre la antigua sociedad y el nuevo orden hispánico se tendió un hilo invisible de continuidad: el hilo de la dominación. Ese hilo no se ha roto: los virreyes españoles y los presidentes mexicanos son los sucesores de los tlatoanis aztecas (Paz, 1981: 123).

Los aztecas son concebidos como un pueblo de conquistadores bárbaros y arribistas que, para legitimar su dominio en el Valle de México, se dicen herederos de la gran cultura teotihuacana, cuando en realidad serían los usurpadores. Esta es la primera gran máscara-mentira que construye facciones perdurables.

Aunado a esto, sus rituales religiosos marcan la relación entre el hombre y los dioses a través de la sangre; sangre de los vencidos que perpetúa el pacto de los dominadores con la divinidad, que garantiza la continuidad del ciclo. Entre ellos el poder, visto por el autor como dictatorial y sanguinario, es objeto de sacralización. Es temido y respetado, odiado quizá, pero asumido como imbatible. La vivencia que estas relaciones con el poder entrañan resulta en una peculiar autoconcepción del pueblo como dominado sin remedio. Paz asegura que esta conciencia forma parte de nuestro inconsciente social.

Al hablar del fundamento inconsciente de nuestra idea de la historia y de la política, no pienso nada más en los gobernantes sino en los gobernados. Es evidente que los virreyes españoles eran ajenos a la mitología de los mexicanos pero no lo eran sus súbditos, fuesen indios, mestizos o aun criollos; todos ellos, espontánea y naturalmente, veían en el Estado español la continuación del poder azteca (Paz, 1981: 123-124).

Así, la crítica de México, de nuestra historia, una crítica liberadora, tendría que partir de la crítica a "la pirámide" vista como el símbolo de nuestra identidad.

A diferencia de lo que defiende Paz, el mito originario que él recrea no está refiriendo, no está construyendo una máscara detrás de la cual "no hay nada", sino un retrato hablado de nuestra identidad cuyos rasgos relevantes son la mentira, el fingimiento, el autoritarismo reconocido y respetado, el fatalismo en la concepción de la vida que inhibe el espíritu crítico, la crueldad y el desprecio hacia los vencidos, aunque entre ellos nos contemos nosotros mismos.

Esto es, la identidad nacional se revelaría como fundamentalmente cohesionada por la lógica azteca, y, en esa medida, estaría sustentada en valores profundamente tradicionales.

B. La imagen

La idea anterior podría resumir el concepto de identidad nacional que elabora Paz. Con él se interseca su crítica del modelo de identidad que ha querido impulsar el proyecto político del régimen posrevolucionario.

La Revolución habría tenido la virtud de enfrentarnos con nuestro verdadero rostro y de querer despojarnos de las máscaras con que habíamos procurado disimularlo. Pero los resultados del impulso revolucionario son paradójicos porque intenta combinar dos tendencias que se contradicen.

En principio, la Revolución se plantea construir un Estado nacional con la perspectiva del desarrollo: integración e industrialización, cohesión y progreso, son sus objetivos. Asimismo, su proyecto se promueve y se vende, como casi todos los proyectos nacionalistas, ofreciendo excluir a lo extranjero de los beneficios que deben gozar los propios, es decir, comenzando la definición de lo uno por exclusión de lo otro.

El problema fundamental es que el desarrollo económico que se impulsa parte de una base cultural profundamente tradicional, [5] con lo cual se crea una tensión entre tendencias modernizantes y tradicionalistas. Este es un problema de todas las revoluciones de los países pobres, pero a nosotros nos afecta peculiarmente debido al peso de nuestra historia: ". . .hay una contradicción inescapable entre desarrollo y reformas sociales, una contradicción que siempre se ha resuelto a favor del primero" (Paz, 1981: 58).

La Revolución impulsa el crecimiento económico desde un régimen autoritario. La presencia de la concepción azteca en el inconsciente de la sociedad mexicana proporciona raíces profundas al presidencialismo, al autoritarismo, al temor inmovilizante que sentimos frente a las jerarquías.

El mito que construye identidad se convierte en imagen, es decir, en realidad petrificada que no admite cambios, que no presenta fisuras. Es ahistórica, antidinámica y por lo tanto máscara, ficción. El desarrollo que tiene que aferrarse a la tradición la inmoviliza fijándola en una imagen de sí misma, y al hacerlo le resta su fuerza como verdad la hace ambigua, mentirosa.

La Revolución, primero, develó el rostro de la identidad nacional, pero su proyecto desarrollista hizo del rostro máscara. Esta paradoja prolongada nos ha impedido, otra vez, construir una identidad positiva.

C. La crítica

Lo que Paz llama una visión crítica y liberadora de la historia significa una toma de posición frente a este concepto que elaboró de identidad nacional.

En su opinión, la crítica del presente, de la ambigüedad y de la mentira definitorias de la personalidad colectiva, tiene que comenzar por la crítica de la pirámide, de eso que él llama nuestra historia invisible: la sacralización del poder y del sacrificio, de la autoridad y las jerarquías. "Al México del Zócalo, de Tlatelolco y del Museo de Antropología tenemos que oponerle no otra imagen -todas las imágenes padecen la fatal tendencia a la petrificación-, sino la crítica: ácido que disuelve las imágenes" (Paz, 1981: 155).

Ahora bien, vistos con un poco de detenimiento, tanto en el relato de la identidad como en la propuesta crítica de Paz saltan a la vista varias contradicciones sintomáticas.

Si El laberinto de la soledad hace una contrastación entre identidad falsa y verdadera, entre máscara y esencia, a las que finalmente asocia con la importación de modelos y el mundo prehispánico, respectivamente, parece quedar claro que, si existe alguna posibilidad de pensar una identidad propia, ésta tiene, como dijimos en el apartado anterior, sus fundamentos en nuestro pasado indígena.

En contraste, Posdata sostiene la tesis de que ese pasado azteca es profundamente antimodernizador, de modo que sólo a partir de su crítica podríamos liberarnos de los lastres que nos impiden construir una sociedad distinta, que tuviese una actitud no fatalista ante el poder, misma que ahora está petrificada en una imagen cuyo hilo secreto es la concepción azteca del mundo.

Adicionalmente, una de las tesis sobre las que insiste en su primer texto es que necesitamos oponer una identidad positiva a la serie de identidades falsas y/o por oposición que hemos venido asumiendo desde la Conquista. Es necesario saber que somos ambigüedad y máscaras sucesivas si queremos construir algo que podamos llamar verdadero.

Paz apuesta por la modernidad, otro concepto francamente aceitoso que significa desde diversidad y desarrollo económico, hasta democracia y tolerancia, y nos vende la idea de que la identidad nacional debe ser moderna (y modernizante).

Toda esta lógica parece incompatible con su petición de definirnos no por una imagen, sino a través de la crítica. En efecto, la crítica puede ser dinámica, pero difícilmente puede

fundar alguna identidad en positivo porque no aparece nunca acompañada de la propuesta. Este es uno de los puntos débiles de Paz.

Como la corriente a la cual da voz, su discurso se expresa como crítica al autoritarismo, no sólo del régimen, sino de la sociedad mexicana. Sus fuentes ideológicas son diversas y frecuentemente contradictorias entre sí; realiza una amalgama de propuestas y discursos para definir su motivación crítica, pero se estrella en la incoherencia al querer proponer un proyecto alternativo.

Acceder a la libertad por el camino de la crítica es un planteamiento más que se suma a la lista de premisas humanistas en la obra de este autor, pero fuera de ahí no parece que pueda ser considerada seriamente como propuesta positiva de construcción de identidad nacional.

Ambos, propuesta y ambigüedades, debieran leerse como signos que expresan probablemente la difícil definición de un referente unificador en momentos de crisis cultural.

V

Hasta aquí hemos realizado una rápida recuperación de las que, a nuestro juicio, son las tesis centrales sobre identidad nacional en la obra de Paz y la exposición de algunos de sus supuestos.

Procuraremos señalar a continuación muy brevemente algunos de los elementos que nos han resultado sugerentes no tanto en la lectura de lo que Paz dice, sino en la de cómo lo dice.

Desde nuestro punto de vista, el valor del pensamiento político de Octavio Paz radica en que, no siendo un análisis conceptual (porque no hay rigor teórico ni epistemológico), esto es, no siendo susceptible de proporcionar explicaciones de cómo y por qué se construye nuestra identidad nacional, sí nos habla de qué elementos la constituyen y cómo la caracterizan. Y decimos "nos habla" porque es precisamente el discurso el que habla de lo que él es, y que en este caso nos interesa por encima de lo que él dice. Es un discurso sobre la identidad estructurado desde valores e impresiones, que expresa demandas, que toma partido, que se interpreta a sí mismo y se contradice a cada paso en esa interpretación; es decir, es -cuando menos- uno de los discursos de la identidad nacional.

Por más que lo pretenda, Paz no es un teórico de la política; su trabajo no es un análisis del tipo que produce conceptos explicativos. Al contrario, es siempre un poeta: su labor es hacer hablar a la realidad y en esa medida recrearla por medio de la metáfora.

La poesía de Paz, vestida de ensayo político, no nos explica la identidad nacional; nos la describe como se concibe a sí misma, esto es, con un discurso necesariamente ideológico, necesariamente simbólico, contradictorio y valorativo. En nuestra opinión, sólo podemos hablar de una identidad nacional como de un conjunto heterónimo de demandas simbólicas que son interpeladas, sin embargo, por un mismo conjunto de signos. El porqué sean esos signos los que posibilitan la reunión de los requerimientos subjetivos y no otros, es lo que debemos explicar desde el análisis histórico-sociológico y de cultura política.

El poeta desempeña en este caso el papel de discurso significativo; da voz a las autopercepciones de las subjetividades políticas -de algunas de ellas, desde luego-, a sus mitos, a sus paradojas, a sus conflictos.

En términos de análisis no explicamos nada cuando hablamos de "el mexicano", salvo si tratamos de pensar qué hay en la demanda subjetiva, en el sentido común de la política que permite a autores como Paz acuñar ese término; pensar que lo indígena "es una vivencia en cada uno de nosotros" no nos hace comprender o plantear mejor los contenidos de lo nacional, a menos que investiguemos qué tipo de contenidos simbólico-valorativos hacen que importantes sectores de nuestra sociedad se perciban a sí mismos como ligados íntimamente a una tradición cultural de la cual difícilmente conocen sus rasgos, comportamientos o concepciones fundamentales.

En suma, quisiéramos con esta apresurada reflexión introducir la posibilidad de recuperar para la teoría política el valiosísimo instrumento que Octavio Paz nos brinda al hacer hablar, con una belleza pocas veces encontrada, la parte de la política que hemos debido reivindicar frente a los distintos positivismos: la subjetividad.

CITAS:

[*] Coordinadora del área de Teoría de las Formaciones Sociales, Depto. de Sociología, UAM Azcapotzalco.

[1] Esto a pesar de que los "nuevos" grupos que reclaman virulentamente en todo el mundo el reconocimiento de sus identidades particulares se denominen a sí mismos "naciones", término que tiene en este caso una connotación ideológica más que descriptiva, pues como sabemos, el sentido moderno del concepto, lejos de apelar a grupos reducidos definidos por sus particularidades, indica la existencia de un elemento simbólico aglutinador de grupos heterogéneos delimitado por un territorio, en torno de un poder central (Khon, 1989).

[2] Para el presente análisis se tomaron en consideración fundamentalmente cuatro trabajos del escritor (Paz, 1973, 1981, 1985 y 1990).

[3] Es decir, de manera evidente: en prosa y con la forma de ensayo histórico-político (?), porque en realidad este tema puede percibirse desde su obra poética anterior.

[4] El autor mismo reconoce la parcial pertenencia de su texto a un territorio que le gustaría abandonar: "En El laberinto de la soledad me esforcé por eludir (claro, sin lograrlo del todo) tanto las trampas del humanismo abstracto como las ilusiones de una filosofía de lo mexicano: la máscara convertida en rostro, el rostro petrificado en máscara. En aquella época no me interesaba la definición de lo mexicano sino, como ahora, la crítica: esa actividad que consiste tanto o más que en conocernos, en liberarnos. La crítica despliega una posibilidad de libertad y así es una invitación a la acción" (Paz, 1981: 11-12).

[5] Como anota Geertz en sus ejemplos, en un análisis que explicaría la formulación de Paz, el nacionalismo mexicano se debate entre las tendencias esencialista y epocalista, es decir, su implantación se logra gracias al triunfo de un proyecto nacionalista que logra interpelar a grupos diversos con un discurso reivindicativo de lo propio, de los orígenes míticos, de las tradiciones y opuesto claramente a un otro que, en la mayoría de los casos, y desde luego en el nuestro forma parte de lo que calificaríamos como el mundo moderno, vale decir, contrario a las tradiciones. Pero otra parte de ese mismo discurso promete desarrollo, progreso e industrialización, lo cual inevitablemente produce una tensión entre el sustento cultural ideológico del nacionalismo y su proyecto económico. Esto sin contar con que, como apunta Geertz, la identidad negativa construida frente al otro pierde solidez cuando el proyecto triunfa y debe construir una en positivo.

BIBLIOGRAFIA:

Geertz, C. (1989), La interpretación de las culturas, Gedisa. México.

Khon, H. (1989), Nacionalismo y cultura, FCE, México.

Paz, O. (1973), El laberinto de la soledad, FCE, col. Popular, núm. 107, México.

Paz, O. (1981), Posdata, Siglo XXI, México.

Paz, O. (1985), Tiempo nublado, Origen-Planeta, México.

Paz, O. (1990), El ogro filantrópico, Joaquín Mortiz, México.

Ramos, S . (1983), El perfil del hombre y la cultura en México, Austral, México.